

## D. von Hildebrand (2016). *Mi lucha contra Hitler*. Madrid: Rialp.

José Alfredo Peris Cancio<sup>a</sup>

La editorial Rialp ha tenido el indudable acierto de traducir la obra de Dietrich von Hildebrand *My battle against Hitler*, publicada originalmente en inglés, dentro del proyecto cultural que se ha fijado por cometido canalizar el estudio sistemático de la obra de este pensador personalista (<http://www.hildebrandproject.org/>). Nos permite conocer, así, una vertiente del filósofo católico no suficientemente divulgada: su militante oposición al nazismo, que estuvo a punto de llevarle al martirio, y que provocó finalmente su exilio a Estados Unidos.

Resulta muy revelador este compromiso. Los editores de la compilación de los escritos de Hildebrand los han presentado bajo el mismo título de la obra programática de Adolf Hitler, *Mi lucha* (*Mein Kampf*), para poner de relieve que se iba a asistir a una reedición de

la lucha de David contra Goliat, del enfrentamiento entre el poder de la razón y abuso de la fuerza. A lo largo de cerca de 450 páginas se va a poder asistir al desigual combate entre quien se sentía con legitimidad para pasar por encima de la dignidad de las personas en nombre de una revolución nacional-socialista –agitando un movimiento social y político que se concebía a sí mismo como un absoluto con derecho a todo– y la resistencia activa de un intelectual lúcido que desde el primer momento pudo discernir la maldad intrínseca de las ideas hitlerianas.

A menudo se suele citar mal la afirmación de R.W. Emerson –“sé que el mundo con el que converso en las ciudades y en las granjas no es el mundo en el que pienso”– para justificar la labor propia de la actividad filosófica como un

<sup>a</sup> Profesor de la Universidad Católica de Valencia San Vicente Mártir.  
E-mail: josealfredo.peris@ucv.es



ejercicio meramente intelectual o académico alejado de los problemas cotidianos. Todo lo contrario era, precisamente, lo que pretendía el escritor americano: la incidencia de la filosofía en el día a día. La obra de von Hildebrand que nos ocupa rompe del mismo modo por completo con esa desconexión: hay situaciones históricas en las que resulta inexcusable que el mundo académico y, en particular, el filósofo se manifieste claramente crítico con un modo de pensar que se va imponiendo socialmente. Es probable que el mayor servicio que pueda realizar la filosofía al bien común consista –desde un pensamiento en libertad que busca la verdad– en ser capaz de denunciar las artimañas del poder y, en especial, su empleo de mecanismos del miedo para manipular voluntades, acallar las voces críticas y mermar sistemáticamente la dignidad de las personas.

#### ORIGEN DE ESTA OBRA

El origen de estas páginas se encuentra en el deseo de la segunda esposa de nuestro autor, Alice, por conocer la vida de su marido, especialmente en los turbulentos momentos que provocaron su huida de Alemania y finalmente de Europa. Tras una presentación de la figura de Dietrich von Hildebrand y de los manuscritos que componen la obra, se nos plantean dos partes bien diferenciadas: en una primera sus “memorias” y, en la

segunda, una selección de “escritos en contra de la ideología nazi”.

#### ¿QUIÉN ERA EL HOMBRE QUE SE ENFRENTÓ A HITLER?

La presentación –“¿Quién era el hombre que se enfrentó a Hitler?”– consigue desde el primer momento que se despierte la empatía del lector hacia el pensador alemán.

Hijo del afamado escultor y arquitecto Adolf von Hildebrand, recibió una educación cristiana liberal. Sus padres solo eran oficialmente protestantes y, más bien, su religiosidad consistía en un culto a la belleza. Dietrich von Hildebrand –sin perder jamás la elevación espiritual que acompañaba su sensibilidad estética educada en el seno familiar– desarrolló con independencia de su entorno un sentido de fe católica realista, que le llevó a confesar con plena determinación que Cristo es Dios.

Desde esta afirmación de la realidad de la persona de Cristo pudo elaborar con posterioridad una filosofía en la que el descubrimiento de lo que es el valor y de lo que es el *disvalor* (lo que es bueno en sí y lo que es malo en sí) orientó su insobornable honestidad a la hora de juzgar las realidades humanas, especialmente las morales, sociales y políticas. Vemos cómo desde sus primeras páginas esta obra suministra una reflexión que resulta muy sugestiva en tiempos



como los presentes, en los que la negación de la verdad y la proclamación del relativismo se entienden que forman parte del bagaje cultural inexcusable para ser reconocido como un intelectual políticamente correcto.

La primera parte, la histórica, abarca desde 1921 hasta 1937, año en el que nuestro autor se ve obligado a exiliarse a Estados Unidos. Se asiste aquí a la lectura de escritos biográficos, en los que la penetración de Hildebrand para detectar la maldad del nazismo contrasta con otros pareceres más acomodaticios. Estos últimos van desde quienes, en el seno de la propia comunidad cristiana, veían prudente no enfrentarse a la ola política y social que se estaba generando en Alemania, hasta quienes eran proclives a encontrar –por más escalofriante que hoy nos pueda parecer– en Adolf Hitler un personaje providencial, un enviado de Dios para, nada más y nada menos, establecer ya Su reinado.

#### LOS TERRIBLES ERRORES DE LA IDEOLOGÍA NAZI

En su proceder, Hildebrand argumentaba con todo rigor intelectual. Tanto en los foros académicos como en las conversaciones privadas mostraba y desentrañaba los terribles errores de la ideología nazi.

Por un lado, en el ámbito meramente teórico, argumentaba que, entre otros aspectos, negar la igualdad de los seres

humanos, subordinar lo sobrenatural a los derechos de la raza alemana y promover el antisemitismo, lejos de ser opciones intelectuales eran verdaderos atropellos contra la esencia de la persona humana.

Por otro lado, en el ámbito práctico, la intimidación, violencia y persecución –bajo la asunción vergonzosa de que el fin justificaba los medios–, llevadas a cabo sistemáticamente por el nazismo, le restaban cualquier tipo de legitimidad moral: ese movimiento podía contar con adhesiones crecientes, pero eso no paliaba la inmoralidad de sus prácticas.

Finalmente, en el ámbito afectivo y estético, el nazismo –lejos de expresar la belleza de la cultura alemana– contradecía sus valores más notables hasta entonces. En este sentido von Hildebrand destaca la insistencia del régimen nazi en apropiarse de la figura de Richard Wagner –tarea imposible, pues el humanismo que rezuma gran parte de la obra de este genial compositor estaba en las antípodas de la zafiedad nazi–.

Son múltiples los personajes de la vida política, económica y cultural que von Hildebrand recoge en estos pasajes. Respecto de algunos de ellos muestra admiración; de otros, sorpresa –agradable o desagradable–, y, con otros, finalmente no puede dejar de expresar una profunda decepción. A estos últimos les achaca no saber discernir adecuadamente lo que está pasando, bien por miedo, bien por una actitud relativista que no quiere reconocer la objetividad de los



valores, bien por un espiritualismo que busca encubrir lo anterior con un velo de buena voluntad.

Una de sus decepciones más profundas fue la escasa contundencia de las declaraciones del episcopado alemán del momento frente al nazismo. Sus conversaciones con el cardenal Eugenio Pacelli —el futuro Pío XII—, con quien le unía una estrecha amistad desde sus tiempos de su nunciatura en Alemania, le permitieron comprender hasta qué punto era dolorosa la situación. Por un lado, había obligación de denunciar los errores doctrinales y los abusos de poder del nazismo; por otro lado, la segura repercusión de las críticas en forma de crueles represalias obligaba asimismo a no descuidar la protección de las víctimas frente a la barbarie.

De estos relatos históricos destaca la descripción que von Hildebrand realiza de la figura del canciller austriaco Engelbert Dollfuss (1892-1934). Sin dejar de reflejar alguno de sus errores —reintroducir la pena de muerte y, sobre todo, aplicarla por tactismo político—, nuestro autor pondera su valiente oposición al nazismo, el apoyo que prestó para que él pudiera desarrollar una publicación de crítica intelectual de los postulados en los que se apoyaba el seguidismo de la tesis de Hitler y, sobre todo, la coherencia personal que le llevó a morir en circunstancias propias de un martirio cruento a manos del terror totalitario que pretendía anexionar Austria al Reich alemán.

#### LOS ESCRITOS DE VON HILDEBRAND CONTRA LA IDEOLOGÍA NAZI

La segunda parte del libro recoge sus escritos contra la ideología nazi, todos menos dos publicados en la revista que von Hildebrand dirigió en Austria, con el expreso y entusiasta apoyo de Dollfuss: *Der christliche Ständestaat (El estado corporativo cristiano)*.

A lo largo de estos escritos se fundamentan de forma más argumentada las posiciones que nuestro autor había sostenido en su oposición al nazismo. Aunque todos son de gran interés, creo que merecen especial mención aquellos que abordan los errores del nacionalismo (*Austria y el nacionalismo*, 1934); la cuestión del antisemitismo y el papel del pueblo de Israel en la historia de la salvación (*En contra del antisemitismo*, 1941; *Los judíos y el Occidente cristiano*, 1937); la repulsa expresa de las tesis del nazismo (*Ceterum Censeo*, 1934, *Falsos frentes*, 1936); la incompatibilidad radical entre nazismo y cristianismo (*La encrucijada*, 1934), o los fundamentos del personalismo de Hildebrand (*La batalla por la persona*, 1934).

#### UN GRAN VALOR DE ESTA OBRA DE VON HILDEBRAND

No quisiera concluir esta breve reseña sin subrayar lo que tengo por un gran valor de esta obra de von Hildebrand: su tremenda actualidad, pese a ser un escri-



to histórico. Con otros frentes y otros actores, con otras intensidades y con otros riesgos, el gran tema cultural de nuestro tiempo sigue siendo lo que von Hildebrand designó como “la batalla por la persona”.

Por una parte, nuestra cultura democrática se ve y, realmente, está afligida por la amenaza de distintos modos de antihumanismo, al considerar la dignidad humana como un mero principio abstracto y, por tanto, dependiente tan solo del desarrollo legislativo o judicial, y del consenso político siempre pasajero.

Se está prescindiendo, en definitiva, del fundamento ontológico del ser humano como persona. Hay individuos que se perciben como algo y no como alguien.

Por otra parte, la concepción dominante hoy del progreso como simple desarrollo económico –que prescinde de las dimensiones esenciales de la persona sacrificándolas en nombre de la ideología de mercado– es incompatible con el verdadero bien común y, obviamente, no evita entonces, sino que promueve y consolida, una cultura del descarte, de la exclusión de los más desfavorecidos.



